

## LA GUERRA, EL TERRORISMO DE LOS FUERTES

La vida de quien esto escribe ha venido siendo, desde sus orígenes, una reflexión sobre la guerra –vivida en todo su horror de 1936 a 1939 y luego desde distintas distancias y diferentes formas, hasta nuestros días- y un anhelo de paz, desde el cual llegué a comprender hace muchos años otros horrores, semejantes a los de la guerra: lo de las <pacificaciones>. Desde estas inquietudes y sobre algunos débiles hallazgos teóricos, he tratado de orientarme a la hora de plantearme un problema como el del <terrorismo>.

Escribo ahora, a día 16 de enero, mientras escucho noticias amenazadoras procedentes del Golfo Pérsico y del gran centro de poder planetario que es la Presidencia de los Estados Unidos y sus aledaños.

Sin ser un pacifista a ultranza, porque veo, mirando la historia, que una parte muy notable de sus progresos para la vida humana se ha producido por el uso de la violencia ejercida por los oprimidos contra sus opresores, si sentí desde muy joven una gran angustia ante la indeterminación de las acciones armadas, por muy justos que fueran sus objetivos y aún aceptando como legítima la acción violenta contra los dictadores, los tiranos y sus acólitos.

Más de una vez he recordado que yo empecé, prácticamente, escribiendo una obra sobre este tema, *Prólogo patético*, a la par que Albert Camus lo trataba en un drama suyo, *Los justos*. El tema es así: no seamos hipócritas pues nos servimos en nuestra vida de situaciones que han sido obtenidas por medio de la violencia (a lo mejor la independencia de nuestro país, por poner un ejemplo) pero, ¿hasta qué punto y en qué circunstancias es legítimable la violencia (aparte de las situaciones de <legítima defensa> que figuran en los códigos)? ¿Habría que disparar sobre aquel tirano o sobre aquellos funcionarios o cómplices de la tiranía? Suponiendo que sí, ¿con qué garantías de precisión? ¿Cómo puede admitirse que sea alcanzado, por ejemplo, un niño que pasaba por aquel lugar?

Se me ocurre pensar otra vez en esto cuando parece que va a estallar la tempestad sobre Iraq y sobre todo el planeta en una y otra forma y con mayor o menor alcance en cuanto a los efectos catastróficos y sólo algunas voces se alzan para denunciar la doble moral de quienes se desgarran las vestiduras –bienpensantes ellos y ellas- ante las desdichas del <terrorismo> y consideran <acciones militares> muy respetables (aunque, eso sí, <dolorosas>) los bombardeos que parecen avecinarse sobre las poblaciones civiles en las áreas que los estrategas definen como el <teatro de la guerra> que puede empezar de un momento a otro.

Yo era un niño de diez a trece años cuando los aviones de Franco bombardeaban la población de Madrid, y aún recuerdo aquellas <pavas> -que así llamábamos a los aviones junkers, negros- depositando su carga de muerte sobre nosotros, y asimismo los bombardeos de artillería sobre nuestras calles a la hora de la salida de los cines. Hablo de lo que viví. Otros hablan de Gernika o de Barcelona o de tantas ciudades y pueblos sometidas a bombardeos terroristas durante aquellos años. Por eso y porque luego supe, de adolescente y de joven, lo que era destruir ciudades enteras por parte de unos y otros, para terminar apoteósicamente en Hiroshima y Nagasaki, es por lo que a los diecinueve años me planteé como lo hice el tema, hipócritamente planteado por los bienpensantes, del <terrorismo>. Sin apear me ni un milímetro de mi inquietud moral, no puedo formar parte del coro de quienes hablan de la <violencia racial> cuando unos negros asaltan una carnicería y de <operaciones militares> cuando se trata de lo que, al parecer, va a suceder en los días que vienen.

Yo no quiero ni pensar en los sufrimientos que se avecinan si el asalto de las fuerzas armadas de EE.UU. y sus aliados se produce. El otro día escuché por la radio francesa la idea de que hay dos tipos de franceses: los que han vivido ya una guerra y los que no. Esto es verdad, y resulta curioso que sea así, porque cualquiera podría pensar que el cine y la televisión procuran suficientes imágenes

bélicas como para que cualquiera supiera, a estas alturas, qué es lo que sucede en la vida cuando hay guerra. Esto es mentira. Ni el cine ni la televisión dice nada –por muchas imágenes <de violencia> que nos presenten– sobre la guerra. Ni las mejores y más antibélicas películas aciertan a expresarnos este horror de mierda que comporta una confrontación bélica. ¿Y por qué? Yo aventuro una hipótesis: la de que falta el olor, que es un ingrediente esencial del asco y un componente necesario de las ganas de vomitar y de morir.

En nuestra área, también falta la vivencia del hambre; y desde luego no es lo mismo ver un bombardeo en una película que estar en tu casita de la calle de Ríos Rosas y que, una noche de Navidad, te acuestes sin cenar y estalle un proyectil de artillería en el techo de tu propia casa. Perdonadme. No son batallitas. Yo tengo horror de que estalle la guerra sobre el Golfo Pérsico.

¿Podría decirse que la diferencia entre la guerra y el terrorismo reside en la cantidad de personas inocentes que fallecen en tal o cual acción? ¿Hasta qué número de personas es terrorismo? ¿A partir de qué número estamos ante una acción militar? (El problema es más complicado aún, porque si un comando del IRA mata a un oficial británico la noticia se publica bajo la rúbrica <terrorismo>, mientras los cientos de miles de personas que sucumbieron en las ciudades soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial fueron, simplemente, el producto de las acciones militares del Ejército alemán sobre los territorios soviéticos. ¿Y para qué seguir reflexionando por este camino? También hay el tema de la relatividad moral. En un drama del año 54 lo decía yo más o menos así: <Como hemos perdido la guerra –era un colaboracionista de los alemanes quien así hablaba, en una comarca francesa–, yo he sido un terrorista. Si hubiéramos ganado, sería un patriota>. Cito de memoria y no recuerdo la literalidad de la situación; pero ahora se me ocurre recordar a quienes fueron terroristas israelíes y ahora son ilustres políticos del Estado de Israel. También me pregunto si ellos fueron, efectivamente, terroristas, porque hay muchas menos acciones terroristas de las que se denuncian y presentan como tales. (En realidad, creo que hay muy pocas acciones propiamente terroristas).

Apostemos con el corazón en la mano por la paz. Rechacemos los expedientes de la pacificación armada. Borges cuenta haber oído en Ginebra que le atribuían a Miguel Servet una frase como ésta: <Ustedes van a quemarme y yo arderé, pero eso no será más que un hecho. Seguiremos discutiendo en la eternidad>. Y también cuenta Borges que, según De Quincey, a un caballero que discutía, su interlocutor le echó un vaso de vino por la cara, y el caballero dijo: <Esto es una digresión. Ahora dígame su argumento>.

¿Echar ahora un vaso de fuego sobre el rostro de Saddam Hussein? ¿Llegar a quemarle a él y a su pueblo? Eso sería un hecho, y por cierto lamentable. Eso sería una digresión, y por cierto torpe y vil. Acudan ustedes, los políticos, a la resolución de los problemas y encierren a los militares en sus cuarteles. (Apenas escritas estas palabras, ha comenzado el asalto del Pentágono y sus colaboradores. Es una noticia desoladora para mí. A la mañana siguiente me pregunto a qué asistimos en realidad. ¿A <la madre de las batallas>, como acaba de decir Saddam Hussein? Para mí, esto es la apoteosis del terrorismo. Una vez más está muy claro que se llama guerra al terrorismo de los fuertes.)